

un año prorrogable, ha sido suscrita entre la compañía de Mari Paz Ballesteros —cuyo director de escena y persona clave en el proyecto es Vicente Sainz de la Peña— y la empresa del Martín. El lema, "teatro es cultura", declara sin rebozo el criterio de los nuevos ocupantes del que fuera un día famoso local de revista. Los cuatro títulos programados reafirman esa intención cultural. Son "Esperando a Godot", de Samuel Beckett; "Fuenteovejuna", de Lope de Vega; "Danza de la muerte", de Augusto Strindberg, y "Lástima que sea una puta", de John Ford. Una serie de programaciones paralelas —cine "underground", teatro infantil, música, etc.— y un taller-escuela vendrían a completar la imagen de este nuevo empeño, mucho más atento a la coherencia de toda una temporada que a la obtención del éxito aislado.

Frente a la solemnidad que parece desprenderse del "slogan" de la Compañía —"teatro es cultura"— y la categoría de los títulos programados, Sainz de la Peña y Mari Paz Ballesteros insisten en que no faltará la diversión y la búsqueda. Así, refiriéndose sólo al primero de los títulos —la obra de Beckett debe estrenarse el 13 de septiembre próximo— piensan subrayar cuanto hay en el drama de "payasada", de juego circense, a la vez que se hace la prueba de crear un reparto estrictamente femenino. ¿Y por qué femenino? Pues, simplemente, porque el director piensa que una interpretación hecha por actrices, asumiendo papeles femeninos —es decir, lo contrario de los ya habituales travestidos— debe suponer la presencia de nuevos matices y dimensiones.

La compañía hará sólo diez funciones por semana. Una subvención del Ministerio de Cultura, a través de la Dirección General de Teatro y Espectáculos (de cuatro millones de pesetas) apuntalará la difícil economía del empeño. Los actores recibirán una "dieta" y, al final de temporada, se repartirán los fondos existentes.

Es seguro que la nueva Ley de Locales —cuya aprobación se espera para mediados de septiembre— producirá un cambio notable en la organización de nuestra vida teatral, liberándola de la necesidad de encerrarse entre los muros de unos cuantos empresarios. Aun antes de promulgada la nueva Ley, la respuesta del Martín supone ya un meritorio intento de romper el mecanismo tradicional —pese a que persista el porcentaje de la empresa de local—, tanto en la concepción de la compañía como en el funcionamiento del local y en la idea de repertorio. ■ JOSE MONLEON.

ARTE

Ahora, con la carnicula encima, se cierra un poco la temporada de exposiciones. Es poco tiempo. Yo, aquí, hablaré más de artistas que de exposiciones... según se vaya presentando el panorama... O tal vez hablaré más de pueblos y paisajes que vaya tocando en mis pequeñas expediciones estivales. Pero sin ningún plan preconcebido. Ya veremos.

Julio César Ovejero

En el Club Internacional de Prensa. Madrid

Ovejero es argentino. Esa gente, normalmente, tiene buena escuela: han tenido siempre muy buenos maestros. Acaso, han tenido tan buenos maestros que, normalmente, han carecido de un fuerte estado crítico contra el escolasticismo... Por ejemplo, no han tenido un fuerte aformalismo. En Ovejero, por ejemplo, se nota la ejercitación del predominio formal y aun formalista.

Por ejemplo, sigo, Ovejero practica mucho el paisaje. Y se hace evidente que el paisajismo en él es el vehículo para normativizar formalmente su sentido de las estructuras. No es que abuse del predominio paisajístico, sino que, normalmente, gusta de mantener a su expresión en una gran cercanía bidimen-



"El palco", de Julio César Ovejero.

sional..., pero también en una estricta dependencia representativa. Y no sólo el paisaje. Cuando Ovejero se refiere a figuras, aun cuando se trate de conjuntos, tiene buen cuidado de precisar la dependencia del orden formal a la que se ajusta todo el conjunto.

Ovejero es muy joven, o por lo menos a mí me lo parece. No me parece justo tomar su caso especial para convertirlo en paradigma de la pintura de su tierra. No lo es, y yo conozco gran parte de la cultura pictórica argentina, y hasta de muchos de sus grandes nombres para poder extraer de ahí ese paradigma de que hablaba. Pero si no tengo derecho a tomarlo como ejemplo, sí tengo derecho a tomar su caso para ejemplificar cómo se produce en aquella pintura la gran experiencia del país en personajes más modestos.

Y sí. Es evidente el predominio en esa pintura de la magistratura formal... Es evidente la indiferencia a esa inquina contra la forma que aquí tuvimos —y hasta padecemos— hace

algunos años, cuando el predominio del aformalismo. Claro que no estoy hablando de un Patorutti o de un Spilimbargo. Hablo sólo de alguien que, con una cierta modestia, y sin pretender protagonismos ejemplares, siguió el magisterio, ya lejano, de unos maestros que, francamente, estaban muy bien.

Lo que tenemos que entender muy bien es que, dentro de la pintura americana, la pintura argentina es otra cosa. ■ JOSE MARIA MORENO GALVAN.

MUSICA

Las penas de un Festival de Jazz

La fórmula del Festival de Jazz de San Sebastián, que acaba de celebrar su edición número

Serie Guimbarda: "Folk" del bueno

La música "folk" sigue siendo poco y mal conocida en España. Por ello, la aparición de series como ésta de Guimbarda (editada por la Compañía Fonográfica Española y seleccionada y presentada espléndidamente por Manuel Domínguez), no deja de ser un pequeño motivo de regocijo para los amantes o simples seguidores del género. Hasta ahora han aparecido tres discos en la colección, pero pronto serán seguidos por muchos otros, de diversas procedencias: el LP del violinista Dave Swarbrick es una buena aproximación a la música de baile e instrumental de las mayores islas Británicas, por más que su interés resida puramente en lo testimonial e introductorio; en cuanto al "Chanter's Tune", del trío irlandés Na Fíli, es un excelente recuento de "jigs", "reels", canciones y variaciones instrumentales de rico, cercano folklore celta. Dado que únicamente del grupo Chieftains ha sido editado entre nosotros material de interés, y puro, acerca de esta música, la contribución de Na Fíli, parece decisiva para



nuestros catálogos. Finalmente, el disco del guitarrista blanco e investigador norteamericano Stefan Grossman, titulado "Hot Dogs", primer LP que también se publica en nuestro país de este intérprete, es un disco de "blues" y "rag times" como la copa de un pino. Grossman es un fino instrumentista de guitarras de doce cuerdas, acústicas, y también consumado defensor de la técnica del "cuello de botella". Añádase a ello su amor por la "negritud", y tenemos a un muy legítimo seguidor de las grandes figuras de antaño (reverendo Gary Davis, Mississippi John Hurt, Charlie Patton... y tantos), de las que es justo "fan" y reivindicador. ■ ALVARO FEITO.

ro trece, es bien conocida: concurso de grupos aficionados junto a sesiones de profesionales. Esta fórmula es una de las bases de la pervivencia del Festival, e incluso hay años en que el mejor "jazz" se oye en el concurso amateur.

Lo principal de este año ha sido tener que soportar de punta a cabo la indiscriminada bazofia que han suministrado casi sin interrupción las agrupaciones en litigio. Hágase la salvada del trío de Michel Klotchkoff, de Francia, que proporcionó una inesperada suplencia de Bill Evans; de un buen batería británico, evidentemente profesional, y de un conjunto suizo de "jazz" tradicional que por lo menos tenía swing y que se quedó sin premio, para más Inri y por amor de las decisiones corporativas.

Respecto a los profesionales, ya adelanté que Bill Evans necesitó suplencia, aquejado de una súbita enfermedad que se le debe exteriorizar sólo en el País Vasco, pues no le impidió actuar en Antibes. También hubieron de ser sustituidos sus acompañantes, aunque al principio dijeron que acudirían a pesar de todo; Hank Jones, primer suplente contratado, ignoró casi hasta el final que no se podía estar a un tiempo en España y en el Japón. Por fin, la gran estrella del segundo concierto, el esperado McCoy Tyner, se limitó a no hacer acto de presencia, sin aclarar nada más —excuso decir que mucho menos por anticipado—.

La ausencia de McCoy se cargó totalmente la segunda sesión profesional, repartida a medias entre un público con cuerpo de jota y los inicialmente programados como teloneros, un conjunto de suizos que se llaman Shivananda y dicen hacer jazz-rock, en una apoteosis de transculturalidad que indica al menos despierto que lo que él debe hacer a su vez es huir apresuradamente, a la espera de que Suiza se pueble de faquires o las vacas se pongan a filosofar.

Lee Konitz, estrella invitada al concierto de Bill Evans, se quedó de golpe sin nadie que le acompañara. Para colmo se había llamado como refuerzo de última hora a Clark Terry, quien, por consiguiente, se encontró en las mismas. Como una sesión en plan solo de trompeta y saxo puede resultar algo difícil, más si los músicos pertenecen a diferentes estilos y mucho más aún si el saxo es Lee Konitz, se consiguió componer a última hora un trío rítmico, comandado por el nuevamente descubierto Jimmy Rowles. Así, lo que iba a ser un acontecimiento, el tercer concierto profesional, se quedó en una



Sonny Rollins.

simple sesión: eso sí, inesperadamente buena.

The Pasadena Roof Orchestra cumplió el contrato, lo cual de obligación parece que ha pasado a ser mérito. Perfectos profesionales, hicieron, más que música y espectáculo, música **distanciada** por el espectáculo. Es obligado distinguir por ello a la pieza fundamental de la agrupación, John "Pazz" Parry, melifluido y estereotipado proveedor de vocal refrains, a quien los estudiosos de la música "pop" recordarán menos como cantante que como trombonista de la Bonzo Dog Band.

El protagonista del último concierto, Sonny Rollins, respondió a lo que de él se esperaba. Tras mostrarse retraído y afable en las ruedas de prensa previas a su actuación, en ésta se soltó la africana cabellera para colocarnos lo que los críticos taxonomizadores dicen que hace, es decir, **hard bop**, sólo que esta vez casi olvidándose de lo del **bop**; vamos, que estuvo durísimo. Castigó al respetable con una música volcánica y torrencial, en la que intervinieron, por encima de lo aparentado, sus acompañantes, con mención especial para Al Foster, asombroso espécimen de batería en estado salvaje. Hasta la balada de rigor, que vino en tercer lugar, resultó tan robusta y poderosa que admitió una referencia a "Mama Inés". Tras dicha balada, Rollins puso punto final por lo que a él respectaba, y dio suelta a sus muchachos para que se internaran en la corriente tumultuosa y agradecida de los **disco rhythms**, con el apoyo para ellos inesperado de una luminotecnia coloreada y mudadiza que daba al asunto un aspecto todavía más filadelfiano.

Y vamos con los teloneros, pues no puede quedar ninguno sin ser nombrado después de haberlo sido los peores —es decir, los terribles encantadores de serpientes de la Confederación Helvética—. Dejo, pues, constancia de las actuaciones

de los polacos de Crash —que todas las veces tocan lo mismo, pero tienen una sección rítmica granítica, y nos recordaron que cualquiera concurso amateur pasado fue mejor— y Juan Carlos Calderón. Este hizo lo de siempre, y tan aburrido como siempre, pero por lo menos estuvo simpático, dejó lucirse a Wladimiro Bas y soltó sin querer la frase del concierto en que intervino: "Es una pena que no esté aquí el maestro de pianistas, Bill Evans".

Eso mismo dijimos todos. Y muchas más penas hubo en esta edición del Festival de Jazz de San Sebastián. A lo mejor, porque en un primer momento nos las prometimos demasiado felices. ■ JOSE RAMON RUBIO.

DISCOS

California y otras añejas hierbas

Aquí estoy frente al segundo lanzamiento de la "Serie Pioneros" de Hispavox, que se presenta nada menos que como "La historia de los que hicieron Historia, una colección para conocer las bases del 'rock'". Lamentablemente, la realidad es bastante más modesta. En estos diez discos hay que señalar las mismas deficiencias que comentábamos a la salida de sus precedentes: atropellos a las portadas originales, escasa imaginación a la hora de la selección de discos inéditos, relanzamiento de discos archiconocidos. Además de aplicar indiscriminadamente el calificativo ese de "pioneros", limitándolo casi exclusivamente a músicos norteamericanos —generalmente, californianos— populares a finales de los años sesenta.

¿Ejemplos específicos de las chapuzas? Por ejemplo, seleccionar "Fillmore east, June 1971" cuando abundan LPs excelentes de los Mothers of Invention totalmente desconocidos en este país. Es éste uno de esos discos que han desintegrado la reputación de Frank Zappa al dejar de lado la música a favor de un humor discutible (y que no será comprendido, me temo). Lo más sustancial es una desquiciada versión del "Willie The Pimp", que desgraciadamente está repartida entre las dos caras.

Tampoco es esencial el pri-

mer LP de Buffalo Springfield. Al menos, considerando que nunca se han editado "Buffalo Springfield Again" o "Last Time Around". En la misma categoría de grabaciones primeras de artistas en busca de equilibrio podemos incluir "What's Shakin'", un disco para coleccionistas donde Elektra reunió una serie de cintas diversas cuya única conexión era el amor de los intérpretes por el "blues" y "rock and roll" urbanos. Los Lovin' Spoonful, la banda de Paul Butterfield, Tom Rush, Al Kooper y Eric Clapton (con Steve Winwood como invitado secreto) desfilan en una divertida exhibición de vicios y virtudes.

El "Four Way Street" de Crosby, Stills, Nash and Young es un aceptable doble en directo al que se ha restituido "Ohio", tema no autorizado por los funcionarios del Ministerio de Información y Turismo cuando apareció por vez primera. La lucha estudiantil, la guerra del Vietnam y otras pesadillas de Richard Nixon eran entonces temas tabú para los oídos españoles, por lo que parece: "Songs for beginners", primer LP en solitario de Graham Nash, no llegó a salir al exigirse la retirada de varias canciones. Bueno, ahora está disponible y suena tan blando, simplón y sincero como en 1971. Más recomendable es el debut de su compañero Neil Young como solista. Aunque no le ayudan los arreglos, Young va desarrollando sus obsesiones: la miseria del amor, el complejo de lobo solitario, el rechazo de la ciudad. Temática en la que coincidió —de forma mucho más lacrimosa— James Taylor; al menos, "Sweet baby James" es su disco más tolerable y no se le puede negar el título de "pionero", ya que provocó la entrada en tromba de una horripilante brigada de cantautores introspectivos que casi nos ahogan en sentimentalismo y ñoñería a principios de la presente década. Tendencia desastrosa cuyos efectos llegaron al LP hecho en 1973 durante la reunión de los Byrds originales: música pulcra y bonita, donde cada uno se concentra en sus propias composiciones y la fuerza de la creación en grupo ni se huele.

Lo interesante de estas colecciones son discos como el "The 5000 spirits ort the layers of the onion", de la escocesa Incredible String Band, donde formas folklóricas de todo el mundo se fusionan en un sonido mágico y primordial. O como el "Moondance" del irlandés Van Morrison, obra de apasionada madurez y robusto sonido. Discos que, a pesar del imperdonable retraso, todavía transmiten emoción y frescor. ■ DIEGO A. MANRIQUE.